

# **Voces de un mundo distante. Qué nos dicen los clásicos de la sociología del presente.**

Mariano Gustavo Sasín.

Cita:

Mariano Gustavo Sasín (2007). *Voces de un mundo distante. Qué nos dicen los clásicos de la sociología del presente. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/365>

# **VOCES DE UN MUNDO DISTANTE**

## *Qué nos dicen los clásicos de la sociología del presente*

**Autor: Mariano Gustavo Sasín**

Licenciado en Sociología  
Universidad de Buenos Aires

[marianosasin@datafull.com](mailto:marianosasin@datafull.com)

### **ABSTRACT**

Como un tema recurrente, la sociología ha adoptado la costumbre de volver la mirada periódicamente sobre una serie de autores que a finales del siglo XIX y principios del XX se dedicaron a observar la sociedad de su época, reflexionando sobre ella y dejando testimonio escrito de los resultados de sus afanes. Este retorno constante, que comenzó como necesidad de fundamentación y legitimación de la sociología en un momento determinado, ha conformado un panteón de figuras indiscutibles –Marx, Weber, Durkheim – que son resignificadas una y otra vez de acuerdo a las necesidades del presente.

Este cuadro de situación puede ser interpretado como una demostración del valor intrínseco y perdurable del legado de éstos pensadores, pero también, por qué no, como un emergente de la situación actual de la sociología contemporánea. Y es que, en algunos aspectos, la sociología parece haber desistido de dar al análisis de las teorías de éstos autores un tratamiento contextualizado que relativice sus afirmaciones y las sitúe en el marco histórico-cultural en el que surgen y adquieren sentido. De esta manera, más allá del valor explicativo de fenómenos sociales observables aún hoy que las obras de los clásicos puedan poseer, se renuncia a tratarlas como un objeto sociológico y, por lo tanto, como un dato empírico de un momento determinado de la evolución de la sociedad y se las eleva muchas veces a la categoría de máximas trascendentales válidas para todo tiempo y lugar o, en otras ocasiones, se fuerza su adaptación a la observación de las formas sociales del presente desvirtuando su sentido original, lo que pone en duda sus alcances descriptivos y su capacidad argumentativa.

Cabría, entonces, en el marco de estas disquisiciones, la pregunta sobre el porqué de ésta necesidad de la sociología de observar el presente con los ojos del pasado; y si esta necesidad obedece a una imposibilidad o a una incapacidad de la sociología de producir formas novedosas de pensar la realidad.

### **Nota Preliminar**

La ponencia que aquí presento no pretende desarrollar un análisis exhaustivo de la realidad de la teoría sociológica ni de la sociología en la Argentina, y

mucho menos en el mundo. Las afirmaciones vertidas no pretenden tampoco poseer carácter científico ni estar fundamentadas en un estudio concienzudo de la materia. Sólo resultan ser opiniones derivadas de una experiencia escasa y de una serie de lecturas no demasiado extensa. Por lo tanto, como opinión y no como producción científica es que estas líneas deben ser interpretadas, y es por eso que en ellas las citas y referencias bibliográficas brillan por su ausencia. No es otro propósito que el de dar a conocer un parecer determinado en el marco de una discusión posible lo que anima la presentación de estos breves párrafos.

## **Introducción**

Como un tema recurrente, la sociología ha adoptado la costumbre de volver la mirada periódicamente sobre una serie de autores que a finales del siglo XIX y principios del XX se dedicaron a observar la sociedad de su época, reflexionando sobre ella y dejando testimonio escrito de los resultados de sus afanes. Este retorno constante, que comenzó como necesidad de fundamentación y legitimación de la sociología en un momento determinado, ha conformado un panteón de figuras indiscutibles –Marx, Weber, Durkheim – que son resignificadas una y otra vez de acuerdo a las necesidades del presente. Más allá de los intentos de construcción de una teoría específica para la sociología, que se encarnaron principalmente en Parsons –aunque también hubo avances con Giddens, Habermas y algunos aspectos de los trabajos de Bourdieu– y en el más reciente y radicalizado de Luhmann, no ha existido hasta la actualidad, en el “sentido común” sociológico, una instancia superadora de las perspectivas de los clásicos que haya logrado enviarlos al arcón de los recuerdos o convertirlos en mero objetos de estudio de la Historia de la Sociología. Una y otra vez regresan con bríos renovados, potenciados por los desafíos irresueltos del presente.

Este cuadro de situación puede ser interpretado como una demostración del valor intrínseco y perdurable del legado de éstos pensadores, pero también, por qué no, como un emergente de la situación actual de la sociología contemporánea. Y es que, en algunos aspectos, la sociología parece haber desistido de dar al análisis de las teorías de éstos autores un tratamiento contextualizado que relativice sus afirmaciones y las sitúe en el marco histórico-cultural en el que surgen y adquieren sentido. De esta manera, más allá del valor explicativo de fenómenos sociales observables aún hoy que las obras de los clásicos puedan poseer, se renuncia a tratarlas como un objeto sociológico y, por lo tanto, como un dato empírico de un momento determinado de la evolución de la sociedad y se las eleva muchas veces a la categoría de máximas trascendentales válidas para todo tiempo y lugar o, en otras ocasiones, se fuerza su adaptación a la observación de las formas sociales del presente desvirtuando su sentido original, lo que pone en duda sus alcances descriptivos y su capacidad argumentativa.

Por otra parte, la persistencia de los clásicos en el imaginario sociológico como explicación posible de los fenómenos del presente, evidencia también la fragilidad teórica de las propuestas que les sucedieron y la dificultad de los sociólogos para pensar a la sociedad moderna (y a cualquier otra sociedad) desde una perspectiva epistemológica que sea por completo distinta a aquella

en que se sustenta su tradición disciplinar. La sociología parece así no lograr escapar a una tradición autoinstituida, ni poder observar esta tradición con una mirada sociológica; o quizás le resulte imposible de superar el miedo al vacío existencial que la decisión de asumir completamente su actividad en las condiciones inciertas de la modernidad le pueda provocar.

Cabría, entonces, en el marco de estas disquisiciones, la pregunta sobre el porqué de ésta necesidad de la sociología de observar el presente con los ojos del pasado; y si esta necesidad obedece a una imposibilidad o a una incapacidad de la sociología de producir formas novedosas de pensar la realidad.

### **Voces De Un Mundo Distante**

Surgidas como emergentes de la percepción de cambios profundos y trascendentales en la fisonomía social, las miradas de los autores que hoy consideramos clásicos de la sociología –por más que dudosamente Marx o Weber se hubiesen considerado sociólogos– se orientan tanto a la búsqueda de las causas de esos cambios como a la descripción de sus resultantes. Nos ofrecen así, no sólo el fruto de sus reflexiones y un compendio de métodos y estrategias para emprender la observación sociológica sino también un panorama de formas de la autoobservación social en momentos determinados de su historia. Este doble aspecto del aporte de los clásicos a la sociología moderna indica quizás alguna de las causas de la importancia que ellos han tenido en la construcción de una disciplina sociológica, pero nos brinda a la vez una perspectiva que es muchas veces desestimada en el análisis de sus obras.

Quizás de más está decirlo, pero tanto Marx como Durkheim o Weber, pero también Simmel, Tönnies o cualquier otro, fueron autores condicionados por su tiempo. No tuvieron, no hay forma de que hubieran podido tener, un modo de observación que fuera más allá de las posibilidades del marco de sentido en que se desenvolvían. Sus afirmaciones y descripciones, por lo tanto, si las observamos sociológicamente –y es esto lo que debemos hacer–, poseen forzosamente el carácter que los sociólogos solemos atribuirles a todo hecho histórico digno de ser analizado, esto es, relativo a su contexto, como producto emergente y, a la vez, sintomático de éste. Esto no le quita validez ni relevancia, ni mengua la importancia de dichos autores para el desarrollo de la sociología, pero permite aclarar, si es que hiciera falta, que toda actualización y reutilización de los clásicos por parte de los sociólogos que les continuaron constituye también un hecho histórico observable sociológicamente que permite sacar conclusiones sobre el momento social y el estado de la sociología en que esas actualizaciones son llevadas a cabo.

Si nos comportamos entonces como sociólogos y nos hacemos eco de nuestros propios pregones, es decir, si somos capaces de aplicar a la observación sociológica el mismo método de observación que intentamos desplegar sobre la sociedad, no deberíamos hacer abstracción de las condiciones de emergencia que enmarcan todo discurso social y otorgarle carácter trascendente y validez universal a aquellos discursos que cimientan nuestra construcción disciplinar. Esto puede ser válido para la filosofía, que puede, en ocasiones, permitirse el lujo de remitirse sólo a los conceptos y

observar, entonces, el desarrollo del pensamiento (o de las ideas) sin su correspondiente correlato histórico, pero no para la sociología si es que aún pretende ocupar algún sitio en el ámbito de las ciencias. Reitero, esto no niega que la reutilización de los clásicos sea posible y hasta aconsejable, pero sólo comprendida en su contexto, a saber, como actualización de un presente-pasado que así se torna pasado-presente, es decir, como acción del presente para el presente; y esto, a su vez, nos posibilita sacar conclusiones con respecto a éste presente.

Toda vez que los clásicos son llamados a dar explicaciones sobre una sociedad que, por déficit de longevidad, no pudieron llegar a ver; toda vez que los recursos institucionales de autoobservación de ésta sociedad, la sociedad moderna, se ven obligados a exprimir hasta la última gota las producciones teóricas de cien años atrás, formuladas para dar cuenta de la sociedad de su época y de los problemas que las circunstancias históricas traían aparejados; toda vez que estos recursos institucionales de autoobservación de la sociedad –o sea, los sociólogos, o la sociología como disciplina si se quiere– reivindican este accionar como un paso útil y necesario para la comprensión de la sociedad actual, se está dejando en evidencia que, o bien la sociedad no ha cambiado prácticamente nada en el último siglo –lo que sería difícil de sostener argumentativamente– o que en las obras de los clásicos existió algo que ahora está faltando.

La sociología tiene necesidad de los clásicos, y tiene necesidad de ellos porque le son útiles para fundamentar y justificar un escenario complejo de prácticas disímiles que penden apenas del tenue hilo que las hilvana, y éste es el hecho de considerarse sociológicas. No existe una estructura teórica común que vincule a las observaciones que intentan definirse como un campo específico de la observación social, ni existe tampoco un programa de búsqueda de una unidad disciplinar que permita algún tipo de acumulación de conocimiento. La utilización y reutilización de los clásicos viene a llenar ese vacío y a otorgar un nexo de saberes en común que permite a los sociólogos reconocerse como parte de una cofradía iluminada, y pareciera ser que con eso alcanza..., o no. Porque hay otro aspecto de la necesidad que la sociología del presente tiene de retornar a los clásicos, y que si bien está directamente ligado con lo anterior es algo más complejo.

Los clásicos son, como ya dije, no sólo útiles sino muy necesarios, y es esta misma necesidad la que permite decir algo más sobre el estado de la disciplina sociológica en la actualidad. Ellos escribieron en una época de profundos cambios políticos, sociales y económicos en los principales países de Europa, muchos de los cuales transcurrían ante sus ojos. Herederos del Humanismo y la Ilustración creyeron no sólo en la posibilidad de acceder al conocimiento de los fenómenos sociales sino en la necesidad de tal conocimiento en las circunstancias históricas en que se desarrollaron<sup>1</sup>. Tuvieron, por lo tanto, o intentaron tener, una visión de conjunto de la sociedad de su época, es decir, intentaron describir y analizar, y construyeron sus teorías a tal fin, la complejidad de lo social tal como se les presentaba. Fueron no sólo creativos y dueños de un saber enciclopédico, sino que tuvieron además la valentía “sociológica” de afrontar el problema de la complejidad social, con mejores o

peores armas, con herramientas más o menos eficaces, pero con la comprensión y convicción de que sólo así era posible decir algo valioso sobre las formas sociales de su época.

Esto es, a mi entender, la otra cuestión que torna en necesarios a los clásicos en la actualidad. No tanto la validez o no de sus modelos descriptivos o analíticos, ni la de sus perspectivas filosóficas o políticas, ni la de sus propuestas de cambio o mejora social; sino más bien, la posibilidad que ofrecen de descomplejizar un mundo inabarcable y escurridizo que así se vuelve accesible a la observación. En un presente imposibilitado estructuralmente de describirse a sí mismo en forma unívoca y en búsqueda afanosa de las certidumbres perdidas que otorgaban otrora los discursos vinculantes y las prácticas e ideas con capacidad generadora de sentido, la sociología no ha logrado construir un esquema de observación que pueda reivindicar como propio y que le permita conformar una identidad diferenciada en el seno de la comunidad científica e intelectual. No ha logrado tampoco unir y reducir la complejidad del mundo en un modelo de interpretación que le posibilite dar un sentido general a aquello que tan dispersamente observa. Carece del valor, el deseo o la ambición que hace más o menos un siglo animaron a los clásicos. Por comodidad, desidia o añoranza prefiere el eterno retorno a las fuentes antes que la búsqueda riesgosa y quizás infructuosa en un mar de infinitas posibilidades. No es entonces, en mi opinión, la virtud del pasado sino la carencia del presente lo que transforma en valiosas las voces de los clásicos. Son necesarios, por lo tanto, no por indispensables sino porque la sociología necesita de sus voces para mitigar el silencio del presente; y del potencial analítico y descriptivo de sus observaciones, que no ha tenido casi parangón, por la sencilla razón de que han sido muy pocos en la historia posterior de la sociología los que se han atrevido a afrontar una tarea semejante<sup>2</sup>. Y es este déficit teórico y de la capacidad de observación sociológica lo que se expresa en el continuo retorno a los clásicos que hoy promueve estas líneas.

Por un lado, entonces, necesidad de autoafirmación, por el otro, necesidad de herramientas de análisis con que enfrentar la complejidad del presente. Por un lado, utilización simbólica de los clásicos, por el otro, adecuación práctica de su potencial analítico. Pero todo ello vinculado directamente a una cuestión que puede ser entendida o no como un problema. Y esto es: la orfandad teórica y epistemológica de la sociología y la heterogeneidad e inconmensurabilidad recíproca resultante de los datos que construye, las explicaciones que intenta y el conocimiento que produce.

Que la sociología recurra una y otra vez a los clásicos, no en pos de la reconstrucción histórica de algún concepto sino en búsqueda de una observación social válida para analizar el presente desnuda, es cierto, las flaquezas de su arsenal teórico. Pero mucho más que eso, fomenta además la persistencia de muchos de sus miembros con capacidad productiva en resolver los problemas del presente con las acogedoras palabras de la sabiduría de antaño, y en redundar en conceptualizaciones en las que la sociedad aparece como algo claro e irrefutable, como un fenómeno que aparece ante los ojos evidente por sí mismo y que, por lo tanto, hace innecesaria toda definición. De esta manera, solo cabría buscar las herramientas para analizar mejor lo que se

observa, y si otros ya lo hicieron antes, y con todo éxito, ¿por qué no recurrir a ellos y ver qué más se puede agregar?.

Puede atribuírseles a los clásicos una mayor o menor nostalgia por el pasado y sus lazos de sociabilidad, y un mayor o menor recelo con respecto a las formas de su presente y al futuro de la sociedad occidental, pero una convicción los une: la sociedad moderna llegó para quedarse, y nada puede resistírsele ni hacerla retroceder. Esta convicción es, en la mayoría de los casos, el resultado de una observación en la que la sociedad se contrapone descriptiva y críticamente a formas sociales del pasado<sup>3</sup>. Es esta certeza de una sociedad existente y todopoderosa lo que da sentido a las actividades de muchos sociólogos en la actualidad, no sólo porque ayuda a imaginarla como gigantesco molino de viento contra el cual esgrimir la quijotesca lanza de la sociología, sino porque permite además aferrarse a una idea de la sociedad como objeto, esto es: concreta, externa y expuesta a la observación, antes que suponerla difusa, multifacética y omniabarcadora. Permite también la percepción de un sentido en el que no todo está dicho y aún es posible cambiar algo y no de un sentido que ya condiciona de antemano toda posibilidad de cambio. Permite, en suma, la creencia positivista en el progreso de la ciencia en el develamiento del presente y el conocimiento de sus formas y evita la postura relativista del constructivismo radical y de la moderna teoría del conocimiento que plantea que no hay forma de garantizar el conocimiento de objeto externo alguno sino que todo conocimiento es un proceso de construcción interna propio del sistema que observa. Pero, ¿puede, entonces, una observación de las formas complejas, confusas y cambiantes de la sociedad moderna arrogarse tal convicción? ¿Ha sido el desenvolvimiento de la modernidad tan claro en el desarrollo de sus formas que permite continuar la descripción de sus simientes? ¿Es la readaptación de los clásicos la forma en que la sociedad del siglo XXI puede autoobservarse o bien necesitará construir –o lo estará haciendo– una forma de autoobservación acorde con sus desarrollos evolutivos?

### **Ecos De Un Futuro Posible**

Una construcción teórica que partiera del presente debería comenzar por dar cuenta del problema de la complejidad y, sobre todo, de la complejidad a la hora de la construcción de la propia teoría. Debería, entonces, tener en cuenta el estado de “anomia” social en lo que concierne a las autodescripciones y comprender que la suya es sólo una más de tantas que circulan en la sociedad e incluir éste hecho entre sus premisas. Debería también sumar a este estado de relatividad los avances en torno a la teoría cognitiva (que se vinculan a la biología del conocimiento) y aceptar la posibilidad de que el conocimiento que busca sea sólo la construcción de una descripción plausible de ser utilizada internamente y sin correlación necesaria o corroborable con una realidad supuesta pero imposible de ser directamente observada. Debería, por último, entender de la fatuidad de sus actos, más allá de la mayor o menor relevancia interna que puedan poseer, en un mundo que despliega también otras miradas para observarse a sí mismo y que se halla imposibilitado estructuralmente de construir nociones absolutas de verdad y consensos generales en el orden de los valores.

Esto no significa negar la posibilidad de la sociología de acceder al conocimiento de la realidad social sino aclarar que ese conocimiento puede resultar muy pertinente para el funcionamiento interno de la sociología pero de ninguna manera adquirir un status de “verdad absoluta” que le permita orientar exitosamente los desarrollos sociales. Representa, tan sólo, una más de tantas observaciones que se entrelazan en la sociedad y, como tal, constituye al mundo a la vez que es constituido por éste. Los esquemas de observación que la sociología utiliza le posibilitan acceder al mundo de forma mediata y siempre condicionada por sus premisas internas y por lo tanto, cuando más disímiles sean éstas, tanto más dispersa y fragmentada será la imagen del mundo que logre construir, y más dificultosa será la producción de conocimiento válido, reconocible y acumulativo.

Los clásicos trabajaron con el material teórico propio de su época. Fueron innovadores, es cierto, pero su capacidad de innovación en la descripción del mundo se hallaba limitada por el contexto histórico. Sin embargo, gran parte de los desarrollos teóricos que con ellos se iniciaron marcaron una estela que puede observarse aún hoy en día y, por qué no, continuarse. Pero esta continuación debiera ser en el marco de una conceptualidad más amplia que los contenga y a la vez los supere, y no una mera reiteración acomodaticia. Los procesos de diferenciación, racionalización, secularización, e individuación que podemos encontrar descritos en sus teorías, parecerían ser los mismos que han confluído en la disolución de la posibilidad de una descripción unívoca del mundo y en la multiplicación y equiparación de las miradas que intentan dar cuenta de él. Superarlos no significa, por lo tanto, descartarlos, sino tomar de ellos lo necesario en la empresa de dar a la sociología un lugar en el coro de las observaciones del mundo.

Lo que la sociología podría hacer, si se decidiera a construir un esquema de observación diferenciado que le posibilite reflejar la amplitud de lo social en los límites de su marco conceptual, es construir una teoría de la sociedad provista de coherencia interna que permitiera representar la complejidad social y la evolución de sus formas. Esto significaría una descripción de la sociedad que le proporcionara parámetros uniformes para evaluar el desarrollo de su capacidad de explicar los fenómenos sociales, acumulando conocimiento y desplegando una labor continua de puesta a prueba, corroboración, rectificación y modificación de sus hipótesis en el sentido de un incremento constante, y no de una negación, de su complejidad interna. Y ésta tarea, apenas si se ha esbozado. Si esto le permitiera a la sociología fortalecer su existencia y unidad como campo del saber y adquirir relevancia como disciplina en el ámbito de las ciencias y como ciencia en la sociedad, estaría probada su capacidad de “conocer” la sociedad como resultado de sus operaciones internas, más allá de toda posibilidad de acceder, o no, directamente a su objeto. De otra manera, sólo le resta el camino de las formas literarias o la especulación filosófica, senderos, por otra parte, tanto o más válidos que el que aquí se postula.

No parece éste un panorama muy alentador para el futuro de la sociología, pero en mi opinión son esas las alternativas que se le ofrecen ante los requerimientos del presente. O, si quisiera, puede, en todo caso, continuar con



su forma actual, indefinida, de funcionamiento y encaminarse lentamente hacia la intrascendencia.

La sociedad europea de finales del siglo XIX y principios del XX produjo las formas más eminentes de su autodescripción en las voces de aquellos a quienes hoy llamamos clásicos de la sociología, lo mismo hizo la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX en la figura estelar de Parsons y los sociólogos de Chicago, que fueron quienes recogieron los trabajos de Weber y Durkheim y los elevaron a la condición de padres fundadores de la sociología. Quizás la mejor autodescripción de la sociedad moderna sea ésta fragmentación y dispersión que ofrece el espectro sociológico, y el permanente regreso a las fuentes en busca más bien de algún argumento de autoridad que de fundamentación teórica. Mientras que la sociología permanezca en éste estado de indecisión entre si asumir su vocación originaria, muchas veces vilipendiada pero nunca dejada por completo de lado, de convertirse cabalmente en una ciencia o perpetuarse en el medio tiempo entre la literatura, la filosofía, la investigación científica y el pensamiento social, su propia existencia como metáfora de la modernidad será la mejor explicación que podrá ofrecer a la sociedad, pero si alguna vez, la coincidencia de intereses en la búsqueda de descripciones más acertadas de la complejidad social lleva a tener en cuenta los últimos avances científicos y resulta en la formación de un nuevo paradigma para la investigación y la producción sociológicas, quizás, sólo quizás, pueda la sociología elevar su voz y hacerse oír claramente en el concierto de las formas de la autoobservación de la sociedad moderna.

### **Nota Final: A Modo De Conclusión**

No estoy muy seguro de si la problemática que aquí se plantea es un tema de interés para la sociología contemporánea, o de si la discusión propuesta se inscribe en algún debate generalizado en las comunicaciones académicas de la sociología. Algunos comentarios que he recogido me permitirían afirmar que algo de eso hay, pero en forma aún sorda y discontinua. No parece ser asunto de la labor sociológica plantearse seriamente asuntos epistemológicos, ni la disciplina demuestra tener vocación para ello. Por otra parte, tampoco estoy seguro de que, si el estado de situación teórica de la sociología contemporánea sea percibido como un problema, exista para él alguna solución que no dependa exclusivamente de la voluntad individual de los sociólogos para subsanarlo; o de si esto en verdad es un problema o resulta no ser otra cosa que una característica inevitable de toda ciencia de la sociedad moderna, resultante de la complejidad implícita en el intento de observación de una sociedad extremadamente compleja. Sin embargo, me atrevo a afirmar que lo que está en juego es algo más que una mera cuestión de forma. Es la validez de gran parte de la producción sociológica, como conocimiento científico, lo que se tambalea ante el resquebrajamiento de sus cimientos. No alcanzan, creo yo, las reformas parciales, los reciclados teóricos o los agregados estéticos para apuntalarla. La aceleración del tiempo social y la urgencia de los cambios que la modernidad trae aparejados le plantean a la sociología preguntas que no parece estar en condiciones de responder. Y la percepción del mundo que las teorías científicas de última generación posibilitan excluye casi por completo los paradigmas decimonónicos en que la sociología muchas

veces se inscribe, y limita su capacidad de participar en la construcción de la descripción del mundo moderno.

Es mi opinión que la sociología, por lo menos tal como la conocemos en la Argentina y la hemos estado ejerciendo, va alejándose paulatinamente del ámbito de las ciencias, al que alguna vez pretendió pertenecer. Su presente es el de prácticas heterogéneas, parciales e inconexas de observación de fenómenos sociales, de asesoría en intentos –ya sean gubernamentales o de empresas privadas– de intervención social y, en los ámbitos universitarios, muchas veces el de refugio de preceptos anticuados y tradiciones intelectuales y, otras pocas, de intentos bienintencionados pero esporádicos de producir formas novedosas de abordar la realidad, actividades todas ellas, en sí, valiosas, pero que no implican el consenso ni la articulación conceptual, ni la generalización de un lenguaje propio entre sus miembros que le permitan considerarse a sí misma una ciencia. O cambia y revitaliza la capacidad de describir y analizar la sociedad de su época que alguna vez tuvo, o perece en el revoltijo informe de las miradas encandiladas por la complejidad reluciente del presente, a tal punto que sólo volviendo atrás la vista le sea posible encontrar sosiego y clarividencia.

Las voces de los clásicos de la sociología nos hablan desde el pasado de un mundo que en parte ya no es el nuestro. Es posible que quizás nos sirvan también para pensar de alguna manera el presente. Pero poco y nada pueden decirnos del futuro. El futuro que es ahora nuestro presente, y requiere de otras voces y de otras miradas para desplegarse ante nosotros.

## Notas

---

<sup>1</sup> Esta creencia fue seguramente más fuerte en Marx y Durkheim, y más relativa en Weber

<sup>2</sup> A excepción, por supuesto, de la obra de Parsons, a quien se inscribe también, muchas veces, en el panteón de los clásicos, de los intentos de Habermas y Giddens y, sobre todo, de la propuesta omniabarcadora de Luhmann.

<sup>3</sup> En lo que se refiere a la comparación valorativa o crítica, esta afirmación se relativiza en el caso de Weber, dónde difícilmente pueda encontrarse una perspectiva crítica en el análisis de la sociedad, aunque sí, quizás, una cierta nostalgia y desencanto.